se hacía más inútil para el trabajo. Pensando en esto, el amo buscaba la manera de que se ganase el pienso. Como el asno se dio cuenta de que el viento que soplabá no le era favorable largóse, y se encaminó hacia la ciudad de Brema. En la ciudad, pensó, puedo llegar a ser músico ambulante.

No había andado mucho cuando encontró por el camino un perro de caza, jadeante, como si se hubiese cansado corriendo.

—¿Vamos, señor mastín, parece que respiráis fuertemente?—preguntó el asno.

—Ah—dijo el perro—como soy viejo y cada día con menos vigor, y para la caza no puedo andar muy ligero, el amo quería matarme a palos, y he tomado las de Villadiego, ¿pero cómo me voy a ganar la vida?

—¿Cómo?—respondió el asno—; mira, yo me voy a Brema y allí me haré músico ambulante; vente conmigo, y tú también serás músico. Yo tocaré el laúd y tú los timbales.

El perro se quedó contento y ambos continuaron el camino.

Poco habían andado y encontraron un gato con un semblante de tres días de lluvia.

—¿Eh, pasas algún contratiempo, viejo de la barba limpia?—pregúntole el asno.

—Como puedo estar tranquilo cuando a uno le va la garganta—respondió el gato—; porque he echado años encima, y mis dientes se me han vuelto romos, y más quisiera estar me cerca la lumbre e hilar, que rondar atrapando ratones, mi dueña me ha querido ahogar; en verdad, he podido escaparme, pero dadme un buen consejo ¿qué debo hacer?

—Vente con nosotros a Brema; tú eres inteligente en la música nocturna, y puedes ser músico ambulante.

Aceptó el consejo el gato, y se fué con ellos.

En esto, los tres escapados de su patria pasan ante una granja, y sentado a la puerta había un gallo de la casa cantando con toda la fuerza de sus pulmones.

—Con tus gritos llegas a lo vivo—dijo el asno—¿qué pronosticas?

—Pues, buen tiempo de profetizar—respondió el gallo—porque para nuestras queridas mujeres es el día si quieren poner a secar la camiseta lavada del niño Jesús y porque mañana domingo vienen huéspedes, y como la dueña de la casa no tiene ninguna compasión, ha dicho a la cocinera que quería comérseme mañana con la sopa, y, por consiguiente, esta tarde debía cortarme la cabeza. Por eso grito con todas mis fuerzas para demostrar que aún puedo cantar.

—Ah, cabeza roja, si prefieres venirte con

nosotros, nos vamos a Brema, cosa mejor que no te amenazará la muerte como aquí siempre estás expuesto. Tú tienes buena voz, y cuando toquemos juntos, te distinguirás.

Al gallo le vino de perlas la proposición y se fueron los cuatro juntos.

Para ir a la ciudad de Brema necesitaron más de una jornada, y por la tarde, llegaron a un bosque donde pasaron la noche. El asno y el perro se colocaron debajo de un gran árbol; el gato y el gallo en las ramas, pero el gallo voló hasta la copa del árbol, desde donde pudiera ver de más lejos. Antes de echarse a dormir, dió un vistazo a los cuatro vientos. Parecióle que veía a distancia chispas de algo que se quemaba, y llamó a sus compañeros para anunciarles que estaban próximos a una casa, pues se veía luz.

Habló el asno:

—Debemos lavantarnos e ir allá porque este refugio es malo.

Pensó el perro poder llevarse de la casa un par de huevos y alguna carne.

Se pusieron en camino hacia donde brillaba la luz, y pronto la vieron más clara fulgurar, y a cada momento convertíase en mayor, hasta que dieron en una esplendente morada de bandidos. El asno, como más grande, metió los hocicos por la ventana, para contemplar lo que pasaba dentro.

—¿Qué ves tú, caballo rodado?—le preguntó el gallo.

—¿Qué veo?—respondió el asno.—Una mesa puesta con sabrosos manjares y bebida, y bandidos sentados que se hartan.

—Ah, si esto fuera para nosotros—suspiró el gallo.

—Ah, sí, sí, si nosotros estuviéramos en su lugar—añadió el asno.

Reuniéronse en consejo los animales y trataron la manera de ahuyentar a los ladrones, y hallaron un medio.

El asno apoyó sus manos en la ventana, el perro saltó al lomo del asno, el gato trepó sobre el perro, y en fin, el gallo voló para ponerse encima de la cabeza del gato. Una vez en esta postura, a una seña, empezaron juntos a hacer música: el asno rebuznaba, ladraba el perro, el gato maullaba, y el gallo cantaba, y precipitándose por la ventana penetraron en la habitación produciendo con los cristales como ruido de armas. Los ladrones ante aquel estrépito y aparición, pensaron que se les venía encima un fantasma, y con gran temor huyeron hacia el bosque. Los cuatro compañeros se pusieron a la mesa, y contentándose con los restos, comieron, como si de cuatro semanas no hubiesen comido.